

PETICIONES

- Para que los pequeños, los débiles, los que menos cuentan, los que llegan de otros lugares, encuentren en nuestras comunidades un testimonio del amor y la acogida de Dios. Oremos.
- Para que el Señor, *que abre las prisiones injustas*, ilumine a las autoridades para acabar con los CIE y con las deportaciones que conducen a lugares de muerte. Oremos.
- Para que los gobernantes ofrezcan protección real a quienes llegan huyendo de conflictos armados, violencia, pobreza económica o desastres naturales. Que las leyes de migración y de asilo posibiliten la seguridad que estas personas necesitan. Oremos.
- Para que en nuestras relaciones de convivencia practiquemos la cultura del encuentro y facilitemos el contacto con las personas llegadas de otros lugares, y todos salgamos enriquecidos al recibir lo bueno de los demás. Oremos.
- Para que el Señor acoja en su paz a quienes mueren en las travesías de la emigración y dé fortaleza a sus familias que con esperanza esperan su regreso. Oremos.
- Para que el Señor fortalezca a la Familia Dominicana en su compromiso por la justicia y la paz, y nos mantenga atentos a las necesidades de los hermanos más vulnerables. Oremos *Padre nuestro...*

ORACIÓN FINAL

Viajar hacia Ti, Señor, eso es vivir.

Partir es un poco morir; llegar nunca es llegar definitivo, hasta descansar en Ti.

Tú, Señor, conociste ser migrante,

y lo hiciste presente a todo hombre que quiere llegar seguro al puerto de la Vida.

Tú sacaste de su Tierra a Abraham, Padre de todos los creyentes.

Tú recordaste cuáles eran los caminos para llegar a Ti, por los Profetas y los Apóstoles.

Tú mismo te hiciste Migrante del Cielo y de la Tierra:

en el seno de tu Madre apenas concebido, en tu precipitada fuga a Egipto,

por los caminos sembrando el Evangelio,

multiplicando el Pan, sanando a los enfermos.

Concédenos fe incommovible, esperanza confiada y alegre,

caridad ardiente y generosa, para caminar con paz y llegar hasta Ti cada día y el último día.

Amén

Domingo de Guzmán,

hombre evangélicamente libre,

atento a la voluntad de Dios

y a las necesidades de tu época.

Ayúdanos a decir una palabra de Verdad,

que denuncie y nos denuncie.

Danos fuerzas para no vivir instalados

en lo que ahoga el Evangelio.

Haznos libres de nuestros proyectos y nuestros bienes.

Concédenos el espíritu de libertad que a ti te movió,

para seguir soñando con hombres y mujeres nuevos

que vivan según el plan de Dios.



(Textos de la entrevista al Papa Francisco. Revista Libertà Civili, febrero 2017. libertacivili.it/publicazioni)

ORACIÓN COMUNITARIA

Hoy, 16 de junio, nos unimos a otras voces que en la sociedad se elevan por el cierre de los CIE y el fin de las deportaciones. Nuestra oración se dirige a Dios en nombre de aquellos hermanos y hermanas que se ven privados de su libertad en los CIE sin ninguna razón legal, o de aquellos otros que huyeron del hambre, la violencia o los peligros y son deportados a esas realidades de muerte. Nos sentimos cercanos a los miembros de la Familia Dominicana que acompañan a estas personas, sabiendo que somos herederos de aquel grito de justicia que atraviesa el carisma dominicano: *“¿acaso éstos no son hombres?”*. En un clima de oración recordamos la profecía de Isaías (60, 10-11) y anhelamos su cumplimiento: *“Los extranjeros reconstruirán tus murallas y sus reyes te servirán... Tus puertas estarán siempre abiertas, no las cerrarán ni de día ni de noche”*. Pedimos al Dios de la Vida que nos dé, a nosotros y a nuestra sociedad, una mirada evangélica y contemplativa ante la realidad de la migración, para reconocer en el otro al hermano que nos necesita. Que el Espíritu Santo presida nuestra plegaria, aliente nuestra alabanza y fortalezca nuestro compromiso.

CANTO

1. Cuando el pobre nada tiene y aún reparte, cuando un hombre pasa sed y agua nos da, cuando el débil a su hermano fortalece, ... *va Dios mismo en nuestro mismo caminar...*
2. Cuando un hombre sufre y logra su consuelo, cuando espera y no se cansa de esperar, cuando amamos, aunque el odio nos rodee, ... *va Dios mismo en nuestro mismo caminar...*
3. Cuando crece la alegría y nos inunda, cuando dicen nuestros labios la verdad, cuando amamos el sentir de los sencillos, ... *va Dios mismo en nuestro mismo caminar...*
4. Cuando abunda el bien y llena los hogares, cuando un hombre donde hay guerra pone paz, cuando hermano le llamamos al extraño, ... *va Dios mismo en nuestro mismo caminar...*

SALMO I

“Para la comunidad cristiana, la integración pacífica de personas de varias culturas es, en cierto sentido, un reflejo de su catolicidad, ya que la unidad que no anula la diversidad étnica y cultural, constituye una dimensión de la vida de la Iglesia que, en el Espíritu de Pentecostés, se abrió a todos los que deseen abrazarla” (Francisco)

¿Quién puede subir al monte del Señor?

Quien se ha lavado con lágrimas y se baña en misericordia,
el que tiene ojos de niño y corazón de pobre, el de manos generosas y alma de enamorado,
quien se viste de ternura y se ciñe con la paz, *podrá subir al monte del Señor.*

Quien se arrodilla ante el herido y besa sus heridas,
quien defiende al oprimido aun a costa de su vida,
el que acude ligero a la llamada del necesitado,
quien tiene hambre de justicia y sed de misericordia, *vivirá en el monte del Señor.*

Quien se rebela y profetiza contra el poder sin entrañas,
quien llora con las víctimas del terror y la injusticia,
quien promueve el diálogo y trabaja por la paz,
quien cree en el ser humano y es testigo del Amor, *entrará en la casa del Señor,*
lo verá, será su familiar y su amigo, tendrá el aire, el estilo de Dios. (Sal 23. Adaptación)

SALMO II

“Cuando seamos capaces de considerar al migrante como una riqueza para nuestra sociedad, entonces seremos capaces de practicar una verdadera acogida, y tendremos éxito a la hora de darles a ellos lo que en el pasado recibimos nosotros. Tenemos mucho que aprender del pasado: es importante actuar con responsabilidad, sin fomentar el miedo al extranjero”
(Francisco)

Socorrerá el Señor a los hijos del pobre, rescatará sus vidas de la violencia...

Tu Reino, Señor nos desconcierta, porque en los nuestros son muy distintos los valores. En el tuyo, Señor, la paz acampa en las plazas anchas de los pueblos y la justicia protege la dignidad y los derechos de los pobres.

No existen en el tuyo las manos pedigüeñas, ni los novios forzados a retrasar la boda, porque el pan sabroso alegra las mesas compartidas y en el suelo florecen los pisos protegidos. Las vallas y fronteras respetan a los pueblos, pero ignoran del todo los odios fraticidas y nadie se permite imponer su ley sobre los otros. El trono de los jueces lo ocupan los esclavos y está al frente de todo el que se muestra inferior, porque el mando es servicio y la ley es amparo.

En el tuyo las armas no son ingenios poderosos, ni cargas explosivas, ni cegadores humos. Las del tuyo, Señor, son manos de acogida, caricias en los niños, enfermos visitados, trabajo para todos, canto y baile en las horas festivas, apoyo y compañía en los días de duelo.

En el tuyo, Señor, no existen explotados, y las cuentas corrientes no indican que uno es más. Consignas mentirosas no ensordecen las calles ni los televisores maquillan las verdades ni las narran a medias.

¿Cómo entender tu reino y cómo edificarlo cuando los nuestros son todo lo contrario? nos decimos cristianos y acudimos al templo pero poco sabemos de verte en el migrante, de acogerte en el pobre, de escucharte en el débil, de librarte en el preso, de abrazarte en las otras.

Poco o nada sabemos del difícil trabajo que tú nos encomiendas de construir la paz de cada día sobre la base firme del amor certero, de la justicia clara, de la verdad entera, libres en este empeño de toda violencia.

Vuélvete, Señor, hacia nosotros, que tus hijos somos y reitera ante el pueblo el pregón de ese Reino que llamó "felices" a los pobres y claros, a los que sed padecen y justicia mayor, a los de entrañas vivas y palabra sincera, a los que de Ti se fían y en tu amor esperan.

Vuélvete al mundo, Señor del Evangelio, Mesías y profeta, misionero del Reino, y dinos otra vez, aunque no te entendamos, que tu causa es hermosa, porque libera al ser humano de las viejas cadenas del poder y la fuerza, del dinero orgulloso y del arma que mata; para hacer, manos juntas, libertad y justicia y entonar, todos juntos, mil canciones de paz.

(Sal 72. Adaptación)

TIEMPO DE SILENCIO, ECOS, COMPARTIR

LECTURA

(Del Papa Francisco. Mensaje en la 51ª Jornada Mundial de la Paz. 1 enero 2018)

La sabiduría de la fe alimenta esta mirada, capaz de reconocer que todos, «tanto emigrantes como poblaciones locales que los acogen, forman parte de una sola familia, y todos tienen el mismo derecho a gozar de los bienes de la tierra, cuyo destino es universal, como enseña la Iglesia». Estas palabras nos remiten a la imagen de la nueva Jerusalén. El libro del profeta Isaías (cap. 60) y el Apocalipsis (cap. 21) la describen como una ciudad con las puertas siempre abiertas, para dejar entrar a personas de todas las naciones, que la admiran y la colman de riquezas. La paz es el gobernante que la guía y la justicia el principio que rige la convivencia entre todos dentro de ella.

Necesitamos ver también la ciudad donde vivimos con esta mirada contemplativa, «esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas [promoviendo] la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia», realizando la promesa de la paz.

Observando a los migrantes y a los refugiados, esta mirada sabe descubrir que no llegan con las manos vacías: traen consigo la riqueza de su valentía, su capacidad, sus energías y sus aspiraciones, y por supuesto los tesoros de su propia cultura, enriqueciendo así la vida de las naciones que los acogen. Esta mirada sabe también descubrir la creatividad, la tenacidad y el espíritu de sacrificio de incontables personas, familias y comunidades que, en todos los rincones del mundo, abren sus puertas y sus corazones a los migrantes y refugiados, incluso cuando los recursos no son abundantes.

Por último, esta mirada contemplativa sabe guiar el discernimiento de los responsables del bien público, con el fin de impulsar las políticas de acogida al máximo de lo que «permita el verdadero bien de su comunidad», es decir, teniendo en cuenta las exigencias de todos los miembros de la única familia humana y del bien de cada uno de ellos.

Quienes se dejan guiar por esta mirada serán capaces de reconocer los renuevos de paz que están ya brotando y de favorecer su crecimiento. Transformarán en talleres de paz nuestras ciudades, a menudo divididas y polarizadas por conflictos que están relacionados precisamente con la presencia de migrantes y refugiados.



MAGNIFICAT

“La migración se gestiona con humanidad, ofreciendo una oportunidad de encuentro y de crecimiento a todos. No podemos perder el sentido de la responsabilidad fraterna. La defensa del ser humano no conoce barreras: estamos todos unidos en el deseo de garantizar una vida digna a cada hombre, mujer y niño obligado a abandonar su tierra”

(Francisco)